

ACTITUDES Y GESTOS LITÚRGICOS

Signos relacionados con los gestos

Hay cuatro clases de signos litúrgicos:

1. Los que se relacionan con los Gestos y posturas del cuerpo.
2. Los que se refieren a los Elementos que se emplean en la Celebración (el pan, y el vino, las velas, la sal, el incienso, la ceniza...)
3. Los que surgen de los Lugares Sagrados (el templo, el altar, el ambón...)
4. Los que se derivan de las Personas que actúan en las celebraciones (el sacerdote, la asamblea, los ministros...)

¿Qué nos señalan los Gestos?

No podemos vivir sin gestos y actitudes corporales. Ellos expresan, provocan o dan realce a lo que pensamos y sentimos: el abrazo, el beso, el apretón de manos, las lágrimas, el grito de alegría, el silencio, el ponernos súbitamente de pie, aplaudir...y todos estos gestos surgen "naturalmente", al compás de nuestros pensamientos y emociones. *¡Cuántas veces los gestos "dicen" más que las palabras!*

Somos así: espíritu y materia; cuerpo y alma formando una totalidad que se llama hombre. Este hombre real de "carne y hueso", participa y "crea" la liturgia. Por eso, la liturgia contiene muchos gestos y actitudes con los que intentamos expresar exterior y corporalmente nuestros sentimientos hacia Dios.

Los gestos litúrgicos más importantes son los siguientes: *la señal de la cruz; las unciones; la imposición de la ceniza; los ojos elevados al cielo; ciertos gestos relacionados con las manos: manos juntas y plegadas sobre el pecho; manos que se golpean el pecho; manos elevadas y extendidas; manos que dan y reciben la paz; manos dispuestas para recibir el Cuerpo del Señor.*

La Iglesia insiste en la necesidad de renovar, actualizar, "entroncar" los gestos con cada cultura, para que *las palabras y gestos sean más "significativos"* para la mentalidad del hombre moderno e incluso para cada región y comunidad.

La liturgia consta de una parte inmutable por ser de institución divina (la fórmula de la consagración, (por ejemplo), y de otras partes sujetas a cambio, que pueden y aún, deben ir cambiando, como lo ilustra la historia de la Iglesia.

"Por esta razón, los textos y los ritos se han de ordenar de manera que expresen con mayor claridad las cosas santas que significan y, en lo posible, el pueblo cristiano pueda comprender fácilmente y participar en ellas por medio de una celebración plena, activa y comunitaria" (SC 21).

Este deseo de la Iglesia es por demás coherente: la repetición constante de los ritos - realizados generalmente sin conocer su significado - produce un inevitable desgaste y llegan a "no decir nada". La tarea de renovación - nada fácil – reclama *reflexión, creatividad, participación.*

Mientras tanto es necesario conocer el significado de los gestos y ejecutarlos con espontaneidad y convicción, haciendo de ellos auténtica expresión de nuestros sentimientos religiosos.

¿No es cierto que estamos "*duros y almidonados*" en nuestras celebraciones?

¿Nos convendrá a todos contagiarnos de la libertad con que practican los gestos nuestros hermanos de la Renovación Carismática Católica?

Los gestos de las manos

De modo particular, rostro y mano son el espejo del alma, los instrumentos más expresivos de comunicación de los pensamientos y sentimientos.

Con lenguaje metafórico, la Biblia habla frecuentemente de la mano o las manos de Dios. Jesús, -en el supremo momento de su vida- se entrega a Dios diciendo: "*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*" (Lc. 23,46).

Cada uno de nosotros "habla" con sus manos a cada instante ¿cómo podrían estar ausentes cuando queremos hablar o escuchar a Dios en la oración?

Manos juntas y plegadas junto al pecho

Así se suele representar a los niños en las estampitas... Es el típico gesto de actitud orante y confiada. Expresa humildad y reverencia. Ciertamente, contribuye al recogimiento, sobre todo si cerramos los ojos e inclinamos la cabeza. Parece especialmente apto para el Acto Penitencial y la Consagración. Es el gesto más apropiado para los acólitos y demás ministros cuando tienen las manos ocupadas. (Hay que evitar tener los brazos cruzados delante del pecho).

Manos elevadas y extendidas

Levantar y extender las manos al cielo es un gesto de plenitud interior. Revela el ansia incontenible de elevarse a Dios; el pedido urgente de auxilio; el júbilo, la acción de gracias... todos los estados espirituales que fluyen del alma como un torrente y gritan con el salmista: "Mi alma tiene sed de Dios" (Sal. 63). Es muy probable que orando de esta manera se experimente más intensamente la necesidad de elevarse y ofrecerse a Dios.

En la liturgia actual es un gesto reservado al sacerdote que celebra la misa (durante las llamadas "oraciones presidenciales"). Muchos fieles –por propia decisión- imitan este gesto al rezar el Padrenuestro. Entre los primeros cristianos estuvo bastante difundido según se desprende de las imágenes de las catacumbas y del testimonio de Tertuliano (*De Oratione* 14)

Imposición de manos

Es un gesto de gran riqueza que significa siempre la acción santificadora de Dios mediante el Espíritu Santo.

Jesucristo lo usó muchas veces para realizar milagros y bendecir y se lo recomendó a sus discípulos: "Les impondrán las manos sobre los enfermos y los curarán. (Mc. 16,18)

El libro de los Hechos nos recuerda que los apóstoles "Imponían las manos" sobre los bautizados y en los ritos de ordenación sacerdotal, para impetrar la acción santificadora del Espíritu Santo.

La liturgia usa este expresivo gesto frecuentemente: en el Bautismo (en el rito actual es optativo); en la Confesión; la Unción de los enfermos; la Confirmación y la Eucaristía.

Tan rico y significativo es este gesto que "por sí mismo" constituye la materia de la ordenación ministerial: con este gesto el obispo consagrante ordena a los diáconos, presbíteros y obispos. (La Iglesia prevé que también los padres "impongan las manos" –haciendo la señal de la cruz- sobre sus hijos al bendecirlos (Veáse el Bendicional pág. 85).

Elevemos las manos al cielo y gritemos con el salmista:

*"El Señor lo hará todo por mí,
Tu amor es eterno, Señor
¡no abandones la obra de tus manos!
(Sal. 138).*

Actitudes litúrgicas más importantes

Las actitudes corporales que adoptamos los cristianos en la iglesia o también cuando rezamos en casa ¿son arbitrarias o tienen un "significado"? *Orar de pie, sentados, o de rodillas, inclinados, postrados o marchando en procesión: ¿tiene alguna importancia?*

Nuestras posturas y gestos corporales tienen una gran "significación" en nuestra vida de relación. (Lo destacamos en nuestras notas acerca de "Los gestos"). La actitud corporal es –o debe ser- un reflejo fiel de lo que sentimos en cada momento y queremos expresarlo de esa manera sensible (el abrazo, el apretón de manos, saltar de alegría, salir corriendo, aplaudir, levantar los brazos, pararse ante alguien importante...).

La liturgia se acomoda a estos impulsos naturales del hombre y por medio de las "rúbricas", dispone las actitudes del fiel orante. ¡Cuánto se enriquecerá nuestra oración si procuramos "armonizar" nuestras actitudes corporales y

nuestros sentimientos hacia el Señor!

Orar de pie

Es la postura más usada en la Misa. Al orar de pie los cristianos "significamos" nuestra dignidad de hijos de Dios. Como tenemos en nosotros el Espíritu que nos hace exclamar "*Abba*", "nos atrevemos" a llamar a Dios "*Padre*" y estar de pie delante de él. Es una actitud de cariñosa confianza hacia Dios a quien vemos, sobre todo, como Padre.

Es una actitud que indica "prontitud", estar disponible, preparado para la acción. Por tanto indica decisión y voluntad para seguir al Señor. Desde el comienzo fue la actitud general de los cristianos: orar de pie, con los brazos extendidos (o levantados) y mirando hacia el oriente (a la salida del sol).

Es también señal de alegría. Durante el primer milenio, los cristianos tuvieron prohibido arrodillarse en la liturgia de los domingos, pues -como sabemos- el día del Señor conmemora la Pascua, la Resurrección de Jesús.

Así como la muerte es "estar postrado", la resurrección es un levantarse, un "volver a estar de pie". Por eso esta postura manifiesta también nuestra fe en Jesús resucitado.

Orar de rodillas

En la Última Cena Jesús se humilló delante de sus discípulos y, "puesto de rodillas", les lavó los pies.

Estar de rodillas es una actitud de humildad. Expresa arrepentimiento y penitencia. Nos recuerda a Pedro cayendo de rodillas y exclamando: "Apártate de mí, Señor, que soy un pecador" (Lucas 5,8). Pero el cristiano se arrodilla ante Dios precisamente porque él es Dios, el único Señor del universo. Es un signo de Adoración que da a la oración un acento muy particular. (Haga la prueba de arrodillarse, inclinar la cabeza y juntar las manos en actitud de súplica...)

Este sentido de adoración tiene hacer la genuflexión cuando entramos en la iglesia o delante del sagrario (allí donde hay una lamparita encendida para señalar que está Jesús presente en la Eucaristía).

San Pablo se refiere a esta actitud en Efesios 3,14: "*Doblo mis rodillas delante del Padre de quien procede toda paternidad*" y el mismo Jesús "*puesto de rodillas*" oró durante su agonía en Getsemaní (Mt. 26,39).

Otras actitudes corporales

Estar sentado

Es la actitud corriente de quien enseña o escucha. Significa estar cómodo, descansado, tranquilo, sin apuro, con paz y tranquilidad. Por eso, sentados podemos hablar con intimidad y largamente con el Señor.

Hasta el siglo V los cristianos no se sentaban ni siquiera para la predicación, y cuando lo hacían –por indicación del Obispo- se sentaban en el suelo (los bancos se introdujeron en nuestras iglesias a partir del siglo XVI).

En la actual liturgia, los fieles se sientan durante las lecturas, los cantos meditativos y la predicación.

En esos momentos simboliza la actitud del discípulo que escucha lo que Dios le dice, como hizo María de Betania que "se sentó a los pies de Jesús" (Lc. 10,39).

Orar postrados

Es decir "echados en el piso", es una actitud de oración que aparece en la Biblia (Gn. 17,3; Deut. 9,18; Tob. 12,16, Mac. 10,39). Es una actitud de humildad total con la que el alma cristiana quiere expresar su indignidad y su impotencia personal frente a las responsabilidades que va a asumir. Por eso aparece en la liturgia de quienes van a recibir una consagración definitiva, diáconos presbíteros, obispos, la profesión perpetua de los religiosos y la consagración de abades.

Esta impresionante imagen de aniquilamiento, de abatimiento total, la suelen practicar el sacerdote y sus ministros, al comienzo de la solemne acción litúrgica del Viernes Santo.

La inclinación

La cabeza y las espaldas que se inclinan delante de alguien, indican instintivamente un sentido de respeto y veneración; si se trata de Dios, un sentido de ADORACION.

Hay dos clases de inclinación: de cabeza y de cuerpo (inclinación Profunda). Esta la realiza el sacerdote al llegar al altar para la Misa y al retirarse (si no está allí el Santísimo, en cuyo caso debe hacer la genuflexión).

La liturgia es delicadamente educada. La Iglesia está enamorada de su Dios y Señor, de la Virgen, de los santos, por eso prescribe la inclinación de cabeza en bastantes ritos (la mayoría incumben al sacerdote).

Los fieles harán bien en rescatar este delicado gesto sagrado al pasar delante del crucifijo; al pronunciar la exclamación "y se encarnó de Santa María Virgen", en la recitación del "Credo"; al recibir la bendición y al recitar esa gran oración de alabanza a la Trinidad que es el "Gloria al Padre..."

Quienes cumplen el ministerio de lectores en las funciones litúrgicas, deben hacer inclinación de cabeza - dirigida al altar y al presidente de la Celebración - antes de acceder al ambón.

Como vemos, la celebración litúrgica hecha por hombres reunido en Jesucristo, también se realiza por ACTITUDES Y GESTOS DEL CUERPO. Estos pueden volverse simples "movimientos mecánicos" sin significado alguno. Pero si lo hacemos "a conciencia", procurando armonizar el gesto corporal con los sentimientos del alma, encontraremos en ellos una ayuda invaluable para "comunicarnos" con Dios.

Orar caminando

Caminar "significa" que vamos hacia alguna parte. El cristiano camina el camino de la vida hacia la unión definitiva con Dios. Cristo, "Camino, Verdad y Vida" (Jn. 14,6) nos enseñó que el objetivo final es el reino de Dios.

"Salir al encuentro", "ir hacia el Padre", "correr hacia la meta"... es el sentimiento que quiere provocar en nosotros ese caminar juntos –mientras rezamos y cantamos- que llamamos procesiones y peregrinaciones.

Hay distintas clases de procesiones. Algunas conmemoran los misterios de Cristo:

-La presentación de Jesús en el templo (2 de febrero) tiene el significado de la toma de posesión del templo por parte de Jesús.

-La procesión de las palmas, el Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, que conmemora el recorrido hecho por Cristo al entrar en Jerusalén.

-La procesión con el cirio al comienzo de la Vigilia Pascual, rito cargado del simbolismo de la luz.

Otras procesiones indicadas por la liturgia son:

- La procesión con los óleos sagrados, el Jueves Santo después de la Misa Crismal en la iglesia catedral.

- La procesión de los "presantificados": el Jueves Santo después de la Misa de la Cena del Señor se trasladan procesionalmente las hostias consagradas al "monumento".

- Finalmente, hay procesiones que son el resultado de la devoción popular. La más conocida es la procesión del "Corpus Christi", en honor de Jesús Sacramentado. Se dan también procesiones con las estatuas de la Virgen y de los santos, generalmente en ocasión de la festividad del "santo patrono" de ciudades, pueblos o comunidades.

Los cortejos fúnebres son – en el sentir de la Iglesia – verdaderas procesiones con tres estaciones: en la casa del difunto, en la iglesia y en el cementerio. Se da así honor al cuerpo que ha sido santificado por la acción del Espíritu Santo.

En la celebración de la Misa tenemos varias "procesiones" (se la llama así en un sentido amplio, ya que la procesión propiamente dicha implica "el traslado de un lugar a otro"). Conocemos la procesión de entrada, de ofrenda y de comunión. También se puede realizar una pequeña procesión al proclamar el Evangelio y el día

domingo se puede optar por la procesión lustral: rito de entrada y penitencial en que el sacerdote rocía al pueblo con agua bendita en recuerdo de la purificación bautismal.

Las procesiones son expresiones religiosas que existen en todas las religiones. A ellas se equiparan las peregrinaciones a ciertos lugares sagrados, a veces muy distantes.

Toda procesión –grande o pequeña- (¡aún el caminar de casa a la iglesia!) debe recordarnos que somos peregrinos, pero peregrinos llenos de ESPERANZA Y ALEGRÍA PASCUAL: caminamos con Jesús hacia el Padre.

Por eso vivimos la felicidad que nos canta el salmo 119:

"Felices los que van por un camino intachable,
los que siguen la ley del Señor.
Felices los que cumplen sus preceptos
y lo buscan de todo corazón,
sin hacer ningún mal".

Las aclamaciones y el canto

Las posturas son actitudes corporales que buscan favorecer nuestra *participación* en la liturgia. Mediante la reforma litúrgica "la iglesia procura con solícito cuidado que los fieles no asistan a este misterio (la misa) como extraños y mudos espectadores sino que, comprendiendo bien a través de los ritos y oraciones, participen consciente, piadosa y activamente en la acción sagrada". (SC. 48).

El pueblo, en general, participa *recitando oraciones* (Yo pecador; Credo; Padre nuestro); *respondiendo* (Y con tu espíritu; Amén; el Señor reciba de tus manos...); *aclamando* (Gloria a ti Señor Jesús; porque tuyo es el Reino y el poder...).

La palabra (pronunciada por el sacerdote y por los fieles) es el primer y básico "signo" litúrgico. Hay cristianos que se quedan callados, que no responden o lo hacen "susurrando", como si tuvieran vergüenza de ser escuchados. Otros responden sin ganas, "mecánicamente", sin convicción, sin "sintonizar" con las respuestas y aclamaciones.

Como en toda comunicación humana, es necesario que la lengua manifieste ("signifique") lo que contiene y siente el corazón. Las respuestas, el recitado de las oraciones, las aclamaciones han de ser *claras, dichas sin "correr", sentidas y acordes con su significado profundo*. Sólo así la inmensa riqueza de la liturgia transformará nuestra vida.

Otra importante forma de participar –y orar- es el canto.

Cantamos como un "homenaje", como una filial alabanza a Dios, con sencillez y alegría; con amor.

En todas las religiones –aún las más primitivas- está presente la música y el canto. Es que "cantar es propio de los enamorados, de los que aman", como enseñó san Agustín. Y el hombre religioso, es un enamorado de Dios.

El canto es un *gesto* litúrgico extraordinario. La palabra revestida de música siempre fue considerada por el hombre como la manifestación más solemne del sentimiento religioso, la expresión más sublime de la súplica, la alabanza, la acción de gracias.

El canto nos arrebató, nos impresiona, nos sacude, nos estimula, nos hace vivir los más diversos sentimientos del alma. "El que canta, reza dos veces" ha dicho san Agustín, porque al cantar vibra todo nuestro ser. Además al juntar nuestra voz con la de otros, el canto nos hace sentir más hermanos.

No cantamos para "lucirnos" o porque estemos seguros de "hacerlo bien". Cantamos al Señor porque lo amamos de todo corazón.

A nosotros los argentinos nos cuesta cantar. Por eso dejamos que canten otros hermanos, el solista, el coro... La Iglesia ha regulado la intervención de estos servidores de la liturgia para que no anulen sino favorezcan el canto de toda la asamblea. Todos tienen su cometido y unos y otros se complementan

Canto y música no son "adorno" de la liturgia (algo para que todo sea más lindo). Canto y música son la *ofrenda viviente* del hombre enamorado de Dios que se une a los hermanos consciente que el Señor:

"puso en mi boca un canto nuevo
un himno a nuestro Dios" (Salmo 40).

El silencio

Junto con las aclamaciones y el canto participamos en la liturgia con el silencio. En la Misa se dan estos momentos de silencio:

- en el acto penitencial;
- después de escuchar la palabra de Dios y la homilía;
- después de la Comunión;
- al anunciar el sacerdote las oraciones que él pronuncia;
- además, la asamblea está en silencio mientras el sacerdote recita la Plegaria Eucarística.

Jesús nos recomienda que para rezar "nos retiremos a nuestra habitación y cerremos la puerta" (Mt. 6,6). No es posible intimar con Dios en medio del ruido, la distracción y la agitación continua.

Más importante que "hablarle" a Dios es escucharle; más importante que hablar con los labios es hablarle con el corazón. Por eso en la Misa – que es una acción comunitaria -, en determinados momentos se nos invita a callar, se hace silencio para escuchar y hablarle a Dios en el corazón.

Hoy vivimos saturados de ruido, alboroto y agitación. No nos resulta "cómodo" el silencio. No nos resulta fácil hacer silencio ni siquiera en el templo que ha de ser "casa de oración".

Hay fieles que hablan hasta el instante mismo en que se inicia la Misa; hay guías que "no paran de hablar" (las intervenciones del guía han de ser claras y BREVES); hay comunidades que han transformado la Misa en un "festival de canciones".

El silencio de la liturgia, el silencio sagrado, es mucho más que la ausencia de palabras o canto. No es un tiempo muerto, un tiempo vacío en que "no pasa nada". Es un silencio que "se oye" porque allí está Dios. (¿No nos pasa lo mismo cuando estamos "en silencio" junto a un ser querido?)

El silencio sagrado es el esfuerzo del alma por "retirarse a su cuarto", es decir, entrar en el propio corazón para encontrarse con Dios; es una actividad, una tensión expectante hacia Dios que nos hace exclamar: "¡HABLA, SEÑOR, QUE TU SIERVO ESCUCHA!" (1 Sam. 3,10).

Es importantísimo responder, aclamar y cantar; no menos importante es vivir el silencio;

- Silencio para arrepentirse (acto penitencial);
- Silencio para escuchar y reflexionar (lecturas y homilía);
- Silencio para suplicar, agradecer y alabar (comunión);
- Silencio para hablar con el corazón (oraciones y peticiones);
- Silencio y concentración en la Plegaria Eucarística, para hacernos conscientes de estar en la presencia de Dios, de que Dios está "en nosotros" y que nosotros queremos – como María- "conservar estas cosas en nuestro corazón" (Lc. 2,51);

El silencio interior es la condición imprescindible de la oración; a la vez es su culminación. Hay que ejercitarse todos los días en este silencio íntimo con Dios.

No sólo en la iglesia, el día domingo... Dios a cada instante "está a la puerta de nuestro corazón y llama".

Liturgia y culturas

En los años setenta, a partir del Concilio Vaticano II (1962-1965), -que valoró positivamente el impacto de las culturas en la expresión de la religiosidad y de la fe-, la pastoral litúrgica se vio obligada a reflexiones e iniciativas

que, a pesar de sus limitaciones, marcaron nuevos rumbos que se debían emprender en el ámbito de la liturgia, dado el influjo decisivo de las nuevas culturas.

No está de más transcribir lo que el Vaticano II entiende por cultura, según la *Gaudium et spes*, n. 53: “Con la palabra *cultura* se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades corporales y espirituales: procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo, expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones, para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano”.

Es evidente que estas realidades culturales no pueden permanecer ajenas a la expresión y vivencia litúrgica, y por eso se orientó la investigación a los diversos campos de las culturas a través de la historia. Dejó de privilegiarse el período de los siglos VI y V, pues todos los períodos históricos y culturales tienen algo o mucho que decir sobre las posibilidades y riesgos de toda iniciativa litúrgica.

Algunos fenómenos culturales

En consecuencia, la teología litúrgica recurre a sectores cada vez más amplios de investigación y reflexión. Pero no todo esto está al alcance de los pastores. Por eso citamos algunos fenómenos destacados que han brotado de esa nueva sensibilidad cultural, y que exigen nuevos pasos en la acción pastoral.

El primer fenómeno decisivo fue el descubrimiento y valoración de las *culturas* y las diversas formas de vida derivadas de ellas (*Gaudium et spes*, n. 54); culturas diferentes de aquella en que ha nacido la liturgia romana. La constitución *Sacrosanctum Concilium* (sobre la liturgia), del mismo Concilio, pero anterior a la GS, proponía y urgía normas para adaptar, de una manera más profunda, la liturgia a la mentalidad y tradiciones de los pueblos, aunque no se hablara todavía de *culturas* ni pudieran preverse las consecuencias y exigencias de tal adaptación.

El proyecto de *pastoral litúrgica* fue sometido a la prueba del fuego por el surgir de nuevas y diversas culturas en la misma sociedad occidental, cuna de aquella liturgia que se creía no debería sufrir adaptaciones que no se redujeran a simples traducciones.

La primera de esas culturas fue la *juvenil*, estructurada sobre unos valores existenciales y con formas de expresión características y cambiantes. Llegó luego al cultura *obrera*, surgida de modo imprevisto de las asociaciones obreras católicas, como una forma de situarse en la sociedad y en la Iglesia, con un lenguaje, aspiraciones y valores propios. Más inesperada aun, y por eso más impactante, fue la cultura *femenina* que, pasadas las tendencias y a veces desordenadas manifestación feministas, se evidenció como un filón profundo y fecundo para la sociedad y para la Iglesia.

Estas culturas a su vez nacieron y se desarrollaron en un clima cultural de *secularización*, que eliminaba o vaciaba de su sentido los símbolos religiosos mantenidos durante siglos de cristiandad en las instituciones y actividades sociales, y promovía la autonomía de lo religioso y ritual en los sectores morales, educativos, familiares, que siempre habían sido patrimonio de las instituciones religiosas.

La actividad pastoral debe tener en cuenta esas culturas, de lo contrario se producirán fracasos y efectos disolventes, si no son valoradas, interpretadas y asumidas, para darles respuestas apropiadas.

La religiosidad popular

Otro fenómeno ya viejo, pero descubierto de forma nueva a partir de la reforma litúrgica, ha sido la religiosidad popular, que no ha tenido en los nuevos ritos las adecuadas formas de expresión. Como tampoco las tuvieron en el pasado las propuestas de la Iglesia que no llegaban a gran parte del pueblo cristiano, el cual manifestaba su religiosidad con una mezcla de formas paganas y cristianas; o bien usaba ritos de la Iglesia con interpretaciones y finalidades ajenas a la intención de la misma Iglesia.

Era como un espacio religioso sumergido, disimulado no raramente con la participación en los sacramentos y en las fiestas. Realidad que sigue aún vigente en muchas partes. La pastoral litúrgica ha respondido sólo en parte a las exigencias más o menos conscientes de la religiosidad popular. Y cabe preguntarse si los modelos y propuestas litúrgicas de la Iglesia oficial responden exhaustivamente a los modos de percibir y vivir el mensaje del Evangelio.

La cultura de la participación

Y por fin, otro desafío –que seguro no será el último- es la *cultura de la participación*, a la que contribuyó también la reforma litúrgica, pero no parece lo haya hecho adecuadamente. Pronto sobrevinieron las desilusiones a causa de una participación colectiva más que comunitaria, más de cumplimiento que de experiencia de Dios y de fraternidad; y las frustraciones en los intentos fallidos de inserción más participativa en las estructuras y responsabilidades eclesiales. Entonces muchos fieles, e incluso sacerdotes, crearon espacios eclesiales como lugares de fraternidad para el diálogo de la fe, para las celebraciones y las iniciativas pastorales. Así surgieron las misas en grupo, las liturgias comunitarias, las eucaristías domésticas, remontándose a los primeros siglos del cristianismo.

Las formas rituales del Misal Romano han sido calcadas sobre las celebraciones en las basílicas del siglo IV, y repensadas para las celebraciones dominicales en las parroquias, pero que no responden a las nuevas situaciones.

La misma sede apostólica vio la necesidad de elaborar normas al respecto.

Por otro lado, surgió la duda de si es posible, frente las actuales culturas, recorrer el mismo camino de las primeras comunidades en las celebraciones litúrgicas. Y al mismo tiempo se comenzaron a examinar con mayor exigencia los ritos propuestos por la reforma, considerando a los actores participantes de las celebraciones como individuos y grupos insertos en su contexto cultural.

Estando así las cosas, se hizo paso el convencimiento de que la *aculturación* de la liturgia (adaptación de la liturgia a la cultura), no resuelve por sí sola el problema, sino que se necesita a la vez un proceso de *inculturación* (integración de los valores del Evangelio en la cultura) de la evangelización, de la catequesis y de las mismas comunidades eclesiales.

Síntesis del P. Jesús Álvarez, ssp,
(Fuente *Nuevo Diccionario de Liturgia*, San Pablo, Madrid, colaboración de Luigi Della Torre, director de “*Servizio della Parola*”, Roma.)